

¿Vamos a tener que lamentar el haber superado el estado de misión y el que nuestro pueblo pertenezca desde siempre a la Iglesia y a este camino de la salvación? No; pero sí conviene que reflexionemos y busquemos la manera de subsanar el déficit de vivencia religiosa que eso puede acarrear. En muchos casos un ambiente familiar religiosamente caldeado será la mejor formación de la vivencia cristiana. Cuando no se dé, la acción pastoral habría de estar al acecho de todas esas situaciones límite de la vida, en que prácticamente se verifica una nueva opción religiosa, una reafirmación en la adhesión al Misterio, para ayudar al cristiano a sacar de ellas más madura su vida interior.

Y una renovación, ya iniciada, en el mismo modo de instrucción, en la exposición de la verdad: Fieles al contenido y también al espíritu del Mensaje, fieles a las condiciones —psicología y ambiente— del hombre al que va dirigido, y atentos al mundo más apto de lograr una viva, una palpitante trasmisión.

Puente de dos direcciones

Laicado-puente

ECCLESIA, 18 de enero 1964, n. 1.175

I laici: «ponte» tra la Chiesa e il mondo

LA CIVILTA CATTOLICA, 1 de febrero 1964

ECCLESIA y LA CIVILTA CATTOLICA han dado prueba de una fina sensibilidad para captar las manifestaciones vitales de la Iglesia, aunque sean poco espectaculares. Ambas revistas han dedicado un editorial al discurso que el Papa dirigió a los graduados católicos italianos el 3 de enero, en la víspera de su salida para Jerusalén.

ECCLESIA, semanal, se lo dedicó el día 18 del mismo mes, en cuanto cumplió con su misión —gratisima, por cierto— de informar sobre el viaje a Palestina. LA CIVILTA CATTOLICA, quincenal, hizo lo mismo en el número del 1 de febrero. Ninguna de las dos había echado en olvido una alocución de poca importancia para ojos que sólo ven las superficies. A través de la avalancha de reportajes sobre la peregrinación del Papa, conservaron grabada en la retina la imagen ideal que Pablo VI trazó con sus palabras: un puente. Se necesita un puente entre la Iglesia y el mundo. Ese puente son los laicos.

La Iglesia, toda la Iglesia, por voluntad de Cristo es la levadura que ha de hacer fermentar el mundo (Mt. 13, 33 y Lc. 13, 20-21). No sólo individualmente en el corazón de cada hombre, sino también socialmente en

el ambiente que respiramos. Esta segunda parte, la social, le toca esencialmente a los laicos (*). En este aspecto de humanizar y cristianizar las estructuras mundanas se ha insistido mucho y se ha hecho mucho en los últimos decenios. Los laicos actúan en su función de comunicar la Iglesia con el mundo. Es la primera dirección del puente.

Pero la misión del laico, aun considerado como puente, no termina ahí. Tiene una segunda dirección: del mundo a la Iglesia. Hasta ahora no se había hablado, al menos solemnemente, de la necesidad y la importancia de este segundo sentido de la comunicación entre la Iglesia y la sociedad temporal.

Pablo VI es consciente de la novedad de lo que propone: "Esta última afirmación puede parecer nueva y atrevida", nos dice. Pero precisamente en esta afirmación está el valor específico del discurso pontificio.

Dejando a un lado las imágenes, ¿en qué consiste concretamente la tarea del seglar sobre este punto? En la información sobre la vida temporal que los seglares han de llevar a la esfera eclesial, como puntualiza el Papa.

Hay "innumerables problemas de la vida profana, mejor conocidos por los seglares católicos que por el clero". Por vivir en medio del mundo están más capacitados para percibir casi sensiblemente cuándo un ambiente social está verdaderamente cristianizado y cuándo no. Conocen por dentro muchos problemas familiares, técnicos, económicos, culturales... que de ordinario los sacerdotes sólo conocen desde fuera. La Iglesia les pide que le informen sobre ellos. Esta es la segunda dirección del laico-puente.

ECCLESIA ha insistido en "cómo la idea de 'puente' abarca esa doble vía —o ida y vuelta— de la acción del laicado entre lo eclesial y lo temporal".

Por su parte, LA CIVILTA CATTOLICA, en sus últimos párrafos, ha visto en las palabras del Papa un esclarecimiento del problema de la opinión pública en la Iglesia. La jerarquía tiene necesidad y pide ser informada por sus laicos. No los quiere "eternos menores de edad, que deben sólo escuchar y ejecutar". La Iglesia debe llevar "el Evangelio al mundo: al mundo de hoy, que no es el de ayer". ¿Quién mejor que los laicos de hoy, para conocer los problemas de ese mundo y hacerlos conocer a la Iglesia?

Pero, precisamente porque los laicos son mayores de edad y porque la Iglesia necesita su ayuda, su función no es una concesión que Ella les hace. Es un derecho y un deber de los seglares. Una obligación que deben cumplir por amor. Aunque no siempre su información les traiga consecuencias agradables. Y siempre, aun en caso de crítica, han de hacerlo con delicadeza, pensando que la Iglesia es madre, también de sus hijos mayores. A veces, la misma necesidad que la Iglesia tiene de ellos, pedirá que se adelanten y den su opinión antes de que se les pregunte.

Una actitud de paternalismo —no decimos paternidad— en la jerarquía sería lo más opuesto a un efectivo y gustoso reconocimiento de la mayoría de edad de los laicos. Una actitud de autosuficiencia por parte del

(*) Cfr. en este mismo número NUEVO y VIEJO.

clero, aun tomado en su conjunto, sería ignorar lamentablemente la complejidad del mundo en que vivimos. Por eso, la parte directiva de la Iglesia ha de ver en la información de los laicos lo que literalmente ve Pablo VI: "una demanda por parte de la Iglesia a su laicado". Ha de estar deseosa de escuchar. Y ha de quedar agradecida cuando haya recibido el beneficio de la experiencia de sus seglares.

Estas, me parece, son las actitudes que exige de nosotros —jerarquía y laicado— el bien de la Iglesia.

Hay todavía tres palabras del Papa que atraen nuestra atención. Comunicar la Iglesia con el mundo, nos dice, es función de todos los laicos "organizados o no". Ciertamente en la Iglesia no hay lugar para el anarquismo. Pero sí lo debe haber para que cada uno actúe conforme a los dones, naturales o sobrenaturales, que ha recibido de arriba. Hay personalidades, en el orden de lo humano o en el de la gracia, demasiado grandes para caber, o demasiado difíciles de encajar, en cuadros organizados. También ellos pueden ser puente de unión entre la Iglesia y el mundo. No se debe reducir todo a organizaciones —aun reconociendo su necesidad y su fuerza—, y mucho menos a una sola organización.

José Nevado, S. J.

